

Y, en el mejor de los casos, ya que es imposible suprimir esos rasgos sentimentales los estandarizará: colectivizará los deseos, masificará los instintos y gustos. Para eso dispone del periodismo, de la radio, del cine y de la televisión. Y al salir de las fábricas y de las oficinas, en que son esclavos de la máquina o del número, entran en el reino ilusorio creado por otras máquinas que fabrican sueños (21).

El protagonista del mundo moderno es el burgués, un personaje que convierte el método sistemático de la edad media en un criterio utilitario y profanador. El postula un humanismo con preocupaciones prácticas, tendentes a conseguir fines particulares. A una visión planetaria y escatológica se opone una concepción individualista y mistificadora: el bien se identifica, en perspectiva, con el egoísmo; y el sentido de adaptación con el conformismo. La actitud antidogmática del burgués oculta —y ni siquiera muy astutamente— un espíritu competitivo que alimentará —y, bajo ciertos aspectos, justificará— el atropello (entre clases, grupos, naciones, estados).

La disociación entre lo eterno y lo perecedero es más profunda en los países germánicos, porque Italia era un país antiguo y el elemento pagano subyacía entre sus ruinas. La irrupción gótica es así la otra fuerza que complica la aparición de la modernidad, la que hará que el conflicto básico de nuestra civilización sea más dramático, conduciendo primero a la rebelión protestante y más tarde a la rebelión romántica y existencialista (22).

El tumulto romántico se propone como espíritu dionisiaco, como fuerza indomable del individuo solitario que rechaza los esquemas de la razón como únicos cauces de entendimiento con la naturaleza. El romanticismo aspira a la comprensión total de la naturaleza, a la adhesión incondicional del hombre a los impulsos vitales: la energía creadora se delinea en toda su plenitud y actualidad. El gesto, el ritual, la expresión recobran un campo de variabilidad que la ciencia está obligada a registrar. El aislamiento prometeico del individuo se levanta en defensa de una humanidad confundida por la perspectiva de un progreso rectilíneo. La pasión repentina e infernal se extiende como un anatema en el clima homogeneizado y cloroformizado de la técnica, que tiene como fin desantropomorfizar al mundo.

Al extravío solipsista de Pascal, Kierkegaard y Dostoievski se opone el «concretismo» de Marx, que reconoce en la abstracción racionalista las causas de la discriminación social, de la falta de aplicación del pacto social a todos los actores. El reconocimiento por parte de los

---

(21) *Ivi.*

(22) *Ibidem*, p. 67.

marginados y explotados de la «dignidad total», de las necesidades concretas, se convierte, por tanto, en una meta planetaria. La rebelión nace y se justifica en el ámbito de la defensa del hombre concreto, que invoca el derecho a sondear en la historia de los hechos una *ratio* que no sea tan sólo el mecanismo con que se desarrollan los acontecimientos casi como si fuesen el acarreo de una necesidad y, por tanto, profanamente fiables. La *praxis* prevalece, en Marx, sobre la *ratio*; por esta razón el hombre reafirma su derecho a participar fabrilmente en la transformación del Universo. La mano se revela al intelecto; no es tan sólo un instrumento de ejecución, sino también un ente de separación y de conexión entre el urdido factual, entre la naturaleza congestionada y compleja (el organismo) y la naturaleza aparentemente libre y abierta.

En su compleja evaluación del fenómeno vital y social, Marx —que de un lado está influido por el espíritu romántico y de otro elabora en sentido humanitario el racionalismo— busca disociar el interés para la ciencia de la ciencia del desinterés (en el sentido comercial del término):

Su doctrina, paradójicamente, resultó así también una consecuencia del dinero y la ciencia; aunque, al mismo tiempo, fue un intento de quebrar esa temible alianza, derribando al capitalismo y haciendo que la técnica científica pasara de ser un instrumento de alienación, el instrumento supremo de la liberación del hombre: la ciencia y la máquina eran amorales, y no debía atribuirse a ellas los males inherentes al capitalismo cosificador (23).

La lucha contra el capitalismo, emprendida por Marx, no perjudica las aportaciones de la ciencia, que es pensada en términos iluministas, como única ancla de respeto de la humanidad. La alienación de Marx representa, según Sábato, el resultado del egoísmo del hombre, que utiliza a la ciencia (la técnica) para hacer más evidente su sed de dominio. Sábato atribuye, por tanto, a la ciencia la responsabilidad que Marx achaca a los hombres: y esto porque la ciencia no confiere suficiente relieve a los acondicionamientos de los que es causa, a la profanación del yo nocturno, subterráneo, que pone al hombre en contacto inmediato con la naturaleza.

De este modo, si es verdad que la desocupación, la miseria, la explotación de clases o de países enteros por clases o países privilegiados son males inherentes al régimen capitalista, también es verdad que otros males de la sociedad contemporánea subsistirían aun en el caso de un simple cambio social, porque son pro-

---

(23) *Ibidem*, p. 72.